

16 de noviembre de 2006

## La casa del terror

Gina Cariño



El Wannsee es un lago donde los berlineses van a presumir de playa y a hacer deportes acuáticos en los días soleados, o simplemente van a pasarlo bien. Perfecto para los niños.

La élite social, económica y cultural de Berlín — lo mismo aristócratas que burgueses, lo mismo judíos que no judíos— construyeron chalets alrededor de él y se mezclaron entre sí en total armonía. El ambiente idílico del lugar se plasmó en lienzos pintados por el impresionista Max Liebermann, que vivió allí hasta que no pudo más.

Los nazis llegaron al poder y a algunos de ellos les dio por tener casón propio en la zona. Confiscaron los de propiedad judía.

Una de las mansiones apropiadas por los nazis tiene especial notoriedad. Entrás en la finca y piensas “¡qué casa más hermosa!” Después, al salir, ya no piensas en hermosuras.

En esta mansión tuvo lugar la Conferencia Wannsee, en la que quince hombres liderados por Heydrich, jefe supremo de las SS, programaron la “solución final” a la “cuestión judía.” Ahora es un museo y centro educativo.

El carácter flemático y metódico de los documentos que se pueden ver allí es

espeluznante. ¿Qué es peor, un progromo espontáneamente montado por una muchedumbre estúpida e inculta, o el abuso y asesinato planificado y sistemático llevado a cabo por parte de gente que adora a Goethe, Schiller, Beethoven y Wagner?

Las hojas plastificadas de una gruesa carpeta negra nos dicen cómo acabaron Los Quince. No todos tuvieron su merecido castigo. Contemplando el jardín y el lago, también escuché grabaciones de entrevistas, interrogatorios y juicios. Olvidé por completo que estaban mi hijo y su amigo.

Pero llegó el momento en que me recordaron su presencia y me vi corriendo tras ellos por una escalera de mármol que subía a una biblioteca. En lugar de regañarme, la bibliotecaria se brindó a hacerse cargo de los niños “para que no vean las imágenes expuestas abajo”. Yo dije: “Ah... ¡pero ya han visto todo!” Insistió en hacer de canguro y la vi sacar unos libros infantiles que pretendían inculcar valores anti-racistas en términos eufemísticos.

El caso es que yo tenía toda intención de dar explicaciones a mi hijo de 8 años. No se iba a quedar allí eternamente mirando fotografías de judíos ahorcados y desarrollando instintos morbosos. El verano anterior le habíamos llevado a la casa de Ana Frank en Amsterdam, así que éste era su segundo encuentro con el tema del Holocausto.

Abajo, otro padre discutía con el guardia, que igual que la bibliotecaria, estaba a favor de la protección de la inocencia de los niños. Estaba claro que el otro padre compartía mis ideas al respecto.

La inocencia de mi hijo está intacta.

¿Sólo les vamos a enseñar la laguna bonita? ¿Por qué no enseñarles historia, por qué no darles verdades? Nunca es demasiado pronto.